



## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”*



# IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

## 29 – Ahí tienes, los buenos días de Otmân

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2019  
Número de páginas: 8  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El Archivo de la Frontera es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**,  
bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 29 - Ahí tienes: los buenos días de Otmân



**A** la mañana siguiente, cuando Dios hizo que se levantase el día, Baïbars confió el pellejo de Qaradyaq a Otmân.

- Vas a reunir a tus hombres y os vais adelantar con todo el equipaje —le dijo—. Una vez lleguéis al Cairo, empezarás dejando todos los bultos en el serrallo de Bâdîs El-Subki, luego te llevas el pellejo de Qaradyaq para que lo rellenen de paja. Al día siguiente, lo vistes con toda su ropa; lo sujetas bien a su caballo para que no se caiga, y lo trasladas delante del palacio de Aïbak el Turcomano; arréglatelas para estar allí justo al amanecer. En cuanto llegues, atas la brida del caballo al llamador de la puerta; das con la aldaba un buen golpe y rápidamente te ocultas y escuchas bien lo que dice Aïbak. Además, coge el acta del juicio y el falso firman de Qaradyaq, y vas a presentárselo al rey El-Sâleh. Y, por último, por favor, ¡al menos, por una vez, intenta ser educado! Y no lo olvides: “¡Tanto va el cántaro a la fuente, que al final se rompe!”

Otmân hizo cargar las mulas y, acompañado de sus hombres, tomaron el camino del Cairo.

Y el emir Baïbars, se quedó todavía ocho días más en Mahalla para poner todo en orden y arreglar los asuntos pendientes. Al octavo día, una vez nombrado un suplente para ejercer el poder en su lugar y velar por los intereses de los musulmanes, se puso en marcha, flanqueado por los dos fidâuis y precedido por sus soldados, que cabalgaban delante de él con aire marcial.

Todos los habitantes de la ciudad salieron para despedirle, y le acompañaron durante seis largas horas, porque en verdad estaban muy apenados de ver partir a un gobernador tan bondadoso. Luego, volvieron a sus casas dejando al emir Baïbars proseguir su camino hacia la capital.

Mientras tanto, Otmân había llegado ya al Cairo, tras un viaje sin problemas. Había descargado todo el equipaje en el serrallo de Bâdîs, y una vez colocado todo en su sitio, se fue a acostar.

Hacia la media noche, se despertó, hizo que le trajeran el pellejo de Qaradyaq y lo llenó de paja, tal y como le había ordenado el emir Baïbars; además le puso dos bolitas de cristal en el lugar de los ojos; luego le colocó toda su ropa, lo sentó en su caballo, atándolo fuertemente a la silla para que no resbalara, y le acomodó la brida en la mano, sujetándosela con un trozo de cordel.

Hecho esto, cogió las riendas de la bestia, y se dirigió al palacio del emir Aïbak, al que llegó al despuntar el día. Ató el caballo a la aldaba de la puerta, y llamó con un violento golpe, tras lo cual, fue a ocultarse no lejos de allí.

- ¿Quién aporrea la puerta de ese modo en plena noche, cuando todavía no se ha hecho de día? —se oyó protestar al portero— ¡Pero bueno! ¿Qué formas son esas de llamar a la puerta? Señor, protégenos, aquí no hay modo de estar tranquilo.

Y como es natural, Otmán se guardó muy mucho de responder. Además, conviene decir que ese portero era un paisano del Alto Egipto<sup>1</sup>, tan bruto, como grosero... ¡vamos, que se parecía punto por punto al amo al que servía! Como se suele decir: “A tal amo, tal criado”. Pues no cabe duda de que Aíbak era un cretino, ya que si no, no se habría dejado embauchar por el cadí para acometer tantas fechorías...

Así que, el portero se levantó de la cama y se fue a abrir la puerta rezongando; pero al ver que Qaradyaq estaba allí, montado en su caballo, se fue corriendo a avisar a su amo que acababa de levantarse.

- ¡Buenas nuevas, amo! —gritó— ¡Tu sobrino Qaradyaq acaba de llegar; está a la puerta! ¡Ah, si vieras el buen aspecto que trae, y se le ve de un saludable!

Ante esta noticia, Aíbak estalló de alegría; con la sonrisa en los labios, se dirigió a la puerta del palacio para dar la bienvenida a su sobrino:

- ¡Bienvenido seas, mi buen sobrino! Pero, por favor, pasa, pasa: ¿por qué te quedas ahí a la puerta? Y dime, anda, cuéntame un poco cómo ha ido todo. Si Dios quiere, seguro que has tenido éxito en la misión que te encomendamos.

Como es evidente, el otro no hizo ademán alguno de responder a su tío...

- En efecto, sí, Qaradyaq, tienes razón, eso es que sin duda le has dado su merecido a Baibars. Bueno, ahora baja del caballo y ven conmigo al salón: me vas a contar todo con detalle, estoy en ascuas por conocer todo lo que ha pasado y cómo ha terminado tu viaje con ese mariconete de Baibars.

Y como Qaradyaq seguía sin decir palabra, Aíbak, intrigado, acabó por acercarse y mirar de cerca. Entonces fue cuando se dio cuenta de que ante él solo había un maniquí de paja, hecho con el pellejo de Qaradyaq.

Al ver aquello, se deshizo en llantos y se lamentó:

- ¡Ay, qué desgracia! ¡Mi pobre Qaradyaq!

Y ya se aprestaba a desatarle de la montura y a meterle en su palacio, cuando de pronto Otmán saltó fuera de su escondite.

- Ahí te va eso: ¡los buenos días de Otmán, maldito Nébak! Tiés un día jodío, ¿eh? Y dime, oyes, ¿sabías tú que tu sobrino el Qaraqish<sup>2</sup> era un cipote sin retajar, igual qu'el cadí? Sí, sí, l'hemos visto, ¡tié la berenjena sin capar! Así que mi soldao, to d'un golpe, se lo ha arreglao, y l'ha sacao un hombre por el ojete el culo y te lo ha mandao. ¡Na personal! ¿eh? Pero, oyes, ¿no serás tú como él, eh? A veces...

---

<sup>1</sup> Los habitantes del Alto Egipto tienen fama de muy rústicos entre los cairotas.

<sup>2</sup> Así le llama Otmán a Qaradyaq.

Dicho esto, Otmân se dio la vuelta y se marchó. Aïbak, muy entristecido, bajó el cuerpo de su sobrino del caballo, lo introdujo en el palacio y lo depositó en el salón; luego mandó a buscar al cadí Salâh El-Dîn, que llegó poco después.

- ¡Tú, mirar esto, señor cadí *efendi*! ¡Eso que pasar a mi sobrino Qaradyaq! ¡Eso que Baïbars hacer con él!

- ¡Que Dios nos proteja de la desgracia! ¡Sólo en Dios están la fuerza y el poder! ¡Esto es lo que se llama un extraño infortunio y un humillante revés! ¿Cómo es que ese infame engendro de Baïbars ha podido hacer una cosa así? ¡Jamás obraría de ese modo un buen musulmán! Pero dime, ¿quién ha traído hasta aquí este triste despojo?

- Ser el *osta* Otmân, hijo de la Gorda, sheij de los ladrones. Él atar a puerta de casa, decir insultos y luego marchar.

- ¡Pues bien! Si quieres escucharme y seguir mi consejo, vas a llevar inmediatamente el cuerpo de Qaradyaq al Consejo, y le depositarás delante del sultán. Luego le dirás esto: "He enviado a mi sobrino Qaradyaq con cuarenta mamelucos a la ciudad de Mahalla, para arreglar ciertos asuntos particulares. Y he aquí que el emir Baïbars, el jefe del distrito, le ha tendido una emboscada y lo ha matado; a él y a los cuarenta mamelucos; luego, nos lo ha enviado en este triste estado: aquí tienes, su pellejo, lleno de paja. Nos lo ha traído el *osta* Otmân, atado a los lomos de un caballo, y lo ha dejado delante de mi palacio". Venga, ya estás tardando; yo me adelantaré para llegar antes que tú al Consejo.

Entonces, el cadí se levantó y se fue; ¡iba eufórico, ese siniestro individuo! Pues él sabía que ahora mismo Qaradyaq ya estaba muerto, al igual que los cuarenta mamelucos, gracias a los pasteles envenenados que les había hecho llegar por el camino, tal y como hemos contado antes. Pero el cadí se guardó muy mucho de contarle todo esto a Aïbak; prefería dejarle que sufriera de angustia, pues tal era su maldad e hipocresía; él, que en toda su vida no había hecho nada bueno a nadie, y cuyo único placer consistía en provocar problemas y disputas entre las criaturas de Dios. ¡Que Dios le maldiga, y que maldiga la tumba del perro de su padre Asfût, y de sus abuelos, Shaarân y Baarân, y lo mismo hasta la septuagésimo séptima generación!

De modo que el cadí se fue hasta la Ciudadela y se presentó ante el rey El-Sâleh Ayyûb; se inclinó ante él, le devolvió los cumplidos lo mejor que pudo, le deseó una vida larga y gloriosa, y luego fue a sentarse a su sitio, forzándose en mantener un aire de lo más inocente del mundo.

Al poco rato, le llegó el turno de entrar en el Consejo a Aïbak, que lo hizo seguido de algunos criados que llevaban los despojos de su sobrino. Llorando a lágrima viva y lanzando suspiros que partían el alma, se acercó al servidor de los Santos Lugares y puso una denuncia contra el emir Baïbars, siguiendo las sugerencias del cadí Salâh El-Dîn.

- Pero, dime, emir, ¿adónde ha ido a parar la barba de tu sobrino? –le espetó el rey de pronto.

- ¡No tenía barba! –protestó Aïbak.

- ¡Sí; tu sobrino sí que tenía barba! ¡de sobra le conocía yo!

- Es verdad, oh servidor de los Santos Lugares, antes tenía barba, pero se la afeitó antes de salir de viaje por aquello de que no se le ensuciara.

- ¡Desgracias! ¡Calamidad! –rugió de pronto el cadí– ¡Qué desastre para el Islam! ¡La corrupción ha aparecido entre los creyentes! ¡Guía de los creyentes! ¡Baibars ha matado a Qaradyaq sin un procedimiento legal! Conforme a la Ley, debe ser ejecutado, sin discusión posible. Esa es mi decisión y, esta vez no daré mi brazo a torcer; porque ha pasado los límites de lo que autoriza la Ley y ha infringido todos los reglamentos, matando a un grupo de musulmanes, sometidos a Dios y a Su profeta, y que no habían cometido crimen alguno. Hechos así de abominables no deben quedar impunes: esta vez sí que hay que condenarle a muerte. Y en cuanto a mí, pues yo me comprometo a verter al tesoro público como compensación, el precio de cien mamelucos con sus escuderos, sus caballos y sus armas, así como diez mil monedas de oro, ¡y todo ello de mi fortuna personal! ¡Y tú, Aibak, harás lo mismo<sup>1</sup>!

- ¡*Hi vallah azim*, por tu cabeza, cadí *efendi*! –corroboró Aibak.

- ¡Ya es suficiente, cadí! –cortó el rey en seco–. ¡Al menos déjanos un tiempo para poner en claro todo este asunto! ¡Ojalá y que el buen Dios te confunda, te pasas la mayor parte del tiempo llorando a los muertos que has asesinado tú mismo! ¡Pues sí, seguramente todo esto es culpa tuya, viejo de mal agüero! Pero veamos, ¿quién ha traído a Qaradyaq desde Mahalla hasta aquí?

- Ha sido Otmân, el hijo de la Gorda –respondió Aibak. Él traer y atar a la puerta. Yo quiero vengar sangre de mi sobrino, o si no, yo coger mis soldados y volver a mi país: no soportar yo deshonrado delante de todo el mundo, visires, emires, grandes del reino.

- Un poco de paciencia, Aibak: antes de nada vamos a examinar este caso. Cuando sepamos exactamente lo que ha ocurrido, tú podrás largarte adonde te dé la gana, y buen viaje...

Entonces, el rey hizo llamar al *osta* Otmân; pues, aunque él conocía perfectamente todo lo que había sucedido, él quería que el juicio fuese público, delante de los miembros del Consejo, y que la verdad apareciera en su totalidad.

Así que Otmân entró con un aire de conquistador, y se fue derecho a saludar al servidor de los Santos Lugares:

- ¡Te salúo, Santo hombre de Dios! ¡Mírate ahí to bien repantingao, como quien dice delante la ventana el Profeta! Anda, colega, ahora di: “¡si Dios quiere! Eh, dime, ¿has visto cómo mi soldao es to un tío cojonúo?: ¡al Qaraqish se lo ha liquidao y l’ha hecho salir otro Qaraqish por el ojete el culo! ¡Sí, entonces es cuando nos hemos dao cuenta que era un tío nicicuciso<sup>2</sup>, con la berenjena mal retajá, igual qu’el cadí! ¡Ay, ese cadí!, ¡el día que le puea dejar en pelotas pa mostrarle a to el mundo, no’stará tan chulito!

<sup>1</sup> En efecto, Baibars es, al menos en teoría, un mameluco propiedad del rey, que lo ha comprado con su propio dinero (ver *Las infancias de Baibars*); así que el cadí propone entregar esta suma en compensación del perjuicio que la muerte de Baibars causaría al Estado.

<sup>2</sup> Quiere decir “incircunciso” “sin circuncidar”.

Toma, aquí'stá el pelpa que m'ha dao mi soldao, firmao por tos los mandamases de Mahalla, y amás, aquí hay otro, el qu'ha traído Qaraqish, diciendo qu'era un firman escrito por ti, ¡qu'el buen Dios te de larga vida! ¡Pero no vale la pena que yo t'ande contando to esto, porque tú ya'stás al corriente!

El rey cogió el atestado y ordenó al secretario que hiciera una lectura pública, para que nadie ignorara lo que contenía:

*“En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.*

*De los habitantes de Mahalla, cuyos nombres figuran a continuación, a nuestro soberano, el rey El-Sâleh Ayyûb, que Dios prolongue su reino, extienda su justicia por todo el universo y nos conceda que vivamos bajo su protección benevolente.*

*Tenemos el honor de elevar al conocimiento de tu majestad el asunto siguiente:*

*Estábamos disfrutando de los beneficios de la paz y de la tranquilidad, cuando nos llegó un mensajero con una escolta de cuarenta mamelucos a caballo. Nos presentó un firman real, ordenándonos detener al emir Baïbars y entregárselo cargado de cadenas.*

*Entonces, Baïbars presentó un segundo firman, anulando el primero, y de puño y letra de nuestro señor el rey El-Sâleh. Baïbars ha apresado entonces al mensajero y a su escolta, y les ha interrogado sobre el origen de ese firman. Uno de ellos ha confesado abiertamente y ha hecho una declaración legal en la que expone que el firman en cuestión era un falso documento hecho por el cadí Salâh El-Dîn, y que se trataría de una trampa destinada a asesinar al emir Baïbars.*

*También reveló que el falso mensajero, en realidad, no era otro que Qaradyaq, el sobrino del emir Aïbak el Turcomano: este Qaradyaq se habría afeitado la barba y disfrazado de mensajero real, para llevar a buen puerto su conspiración criminal.*

*Con lo que el emir Baïbars, detuvo al mencionado Qaradyaq, lo despojó de su ropa, antes de proceder a su ejecución, y éste apareció incircunciso y con cruces tatuadas sobre los brazos y el pecho. Interrogado el prisionero sobre este punto, él confirmó que era cristiano, y declaró que su tío Aïbak, también lo era...”*

[Una gran laguna nos impide saber cómo el cadí y Aïbak van a salir de este mal tropiezo; pero lo que es seguro es que salen de él. Algo necesario, pues ambos tienen aún por delante una larga carrera; en particular Aïbak, que debe suceder al rey El-Sâleh, como ya sabrán nuestros lectores que se acuerden del episodio de la “Sala misteriosa” en Flor de Truhanes. Este último detalle que, por una vez, se corresponde con la verdadera historia, permite pensar que el narrador se ha dejado llevar aquí por su imaginación; en efecto, esta versión de la saga es la única, que nosotros sepamos, que narra este incidente.

*Dejándonos llevar por nuestra imaginación, hemos reconstruido dos escenarios, igualmente posibles, y que sometemos a nuestros lectores, aunque reconociendo que cualquiera de ellos deja numerosos detalles sin explicar.*

*En el primero, Aïbak es, en efecto, cristiano y como tal es desenmascarado; pero entonces elige convertirse al Islam, lo que le permite borrar de un golpe sus anteriores pecados. En el segundo, al contrario, en realidad él es musulmán, y la acusación de Qaradyaq no es ni más ni menos que la última mentira de un hombre que, no teniendo ya nada que perder, busca llevar a la ruina a todos los de su entorno.*

*En cuanto al cadí, tanto en un caso, como en el otro, él consigue salir airoso como de costumbre, pues ya hemos visto cómo él había tomado la precaución de liquidar a todos los testigos que podrían haberle incriminado.*

*Así que todo parece volver a su orden, aunque una nueva crisis se anuncia ya en el horizonte; en el transcurso de un ataque sorpresa, el rey franco de Antioquía, uno llamado Fort-Macûl, ha cogido preso a El-Muzaffar, el virrey de Alepo, pariente próximo y viejo amigo de Baïbars. Este último se ofrece voluntario para liberarle y castigar al insolente Fort-Macûl.*

*No sabemos con exactitud cómo consigue llevar a cabo esta misión: también aquí, las otras versiones de la saga presentan importantes divergencias. En todo caso, lo que es seguro, es que en el momento más crítico, Baïbars recibe la ayuda de un misterioso personaje, que pretende haber olvidado su nombre; sin querer anticiparnos a la narración, sí que queremos señalar que éste hombre está llamado a jugar un considerable papel en los sucesos futuros.*

*De modo que, Baïbars ha liberado a El-Muzaffar y capturado a Fort-Macûl, al que ha encerrado en la siniestra Mazmorra de la Sangre, de la Ciudadela de Alepo. Y se dispone a tomarse un descanso bien merecido en esta ciudad, cuando vienen a anunciarle la inesperada visita de Maarûf, a la cabeza de sus tropas.*

*Es seguro que Maarûf viene animado de las mejores intenciones hacia nuestro héroe; pero su amistad hacia Baïbars comienza a mostrarse muy abrumadora. Y Baïbars, aunque en un primer momento está encantado, luego, cada vez más inquieto, se encuentra implicado, muy a pesar suyo, en un auténtico golpe de Estado, con el que se pretende deponer a El-Sâleh e instalar al propio Baïbars en el trono.]*

\*\*\*\*\*

Próximo relato de “La cabalgada de los Hijos de Isma'il”

30 - “La Sala Púrpura”